

IPS

Pensé mucho antes de redactar estas líneas a pedido de Roberto Savio, director de Inter Press Service cuando ocupé la dirección de la cadena latinoamericana de la agencia en los años 1974/77, primero en Buenos Aires y luego en Roma. Mi trabajo allí está muy ligado a acontecimientos políticos generales y personales, y luego la memoria, casi 40 años después, borra lo superfluo, los detalles, para anclar en los hechos más importantes. San Agustín decía que la memoria es como una gran almacén lleno de recuerdos que aparecen cuando uno los convoca. Con los triviales no sucede así. De manera que, para ser verdadero, este texto es un tramo de una historia de vida escrita en mi espíritu indeleblemente.

La agencia ocupaba un departamento de pocos ambientes en un edificio céntrico de Buenos Aires. Allí se recibían por teletipo los cables de diferentes corresponsales establecidos en varios países latinoamericanos y desde allí, también por teletipo, se retransmitían a la central de Roma una vez leídos y evaluados. El equipo periodístico argentino era pequeño, pero eficaz: reunía a gente con años de experiencia en el oficio y la voluntad de informar cuidadosamente sobre los acontecimientos más importantes y los que la gran prensa acostumbraba a desdeñar.

No dejaban de ocurrir cosas divertidas. Un compañero entrevistó a Borges y le formuló la siguiente pregunta:

- Maestro, ¿qué piensa usted de esta moda que adoptó la clase media de Buenos Aires de armarse de guitarras y tocar canciones folklóricas con oportunidad o sin ella?

La respuesta de Borges:

- Me parece muy bien. Si esto sigue así, el folklore va a llegar al campo.

Pero el contexto no era precisamente risueño. Se vivía la primera etapa del golpe de Estado más sangriento de la historia argentina.

La autobautizada Triple A –Alianza Anticomunista Argentina-, integrada por grupos parapoliciales y matones a sueldo que organizó el entonces ministro de Bienestar Social y mano derecha del presidente Perón, José López Rega, “el Brujo” o “Lopecito”, según, había comenzado a actuar en noviembre de 1973. Muerto Perón en julio del 74, lo sucedió su esposa y vicepresidenta Estela Martínez de Perón y la Triple A ya no tuvo freno: asesinó a más de dos mil dirigentes sindicales de base, estudiantes, intelectuales de “izquierda” hasta que el golpe dejó a un lado la ropa civil y se puso el uniforme el 24 de marzo de 1976. El resultado es notorio: 30.000 “desaparecidos”.

Cabe señalar que la palabra “desaparecido” encierra cuatro conceptos: el secuestro de ciudadanas y ciudadanos inermes, su tortura, su asesinato y la desaparición de sus cadáveres. Dos grandes profesionales de IPS corrieron ese destino: Roberto Carri y Luis Guagnini. Nunca se recuperaron sus restos.

A comienzos de 1975 la Triple A puso a Inter Press en la mira y, por otra parte, se multiplicaban las dificultades para conseguir información. El Dr. Savio resolvió, solidariamente, trasladar a Roma la dirección de la red latinoamericana, de la que nos hicimos cargo cuatro colegas. Cada día llegaban noticias del Cono Sur acerca de asesinatos y “desapariciones” que la agencia distribuía puntualmente. Varios periodistas de IPS tuvieron que exiliarse y recomponer su vida personal y profesional. Huelga decir que esto no era fácil, pero no pocos lo lograron.

En agosto de 1976 un equipo de IPS del que me tocó formar parte viajó a Colombo, Sri Lanka, para cubrir la V Conferencia Cumbre del Movimiento de Países no Alineados. Ahí estaba el general Tito, gran impulsor del Movimiento, imperturbable a sus 80 de edad, con

la botella de whisky siempre al alcance de la mano. El Dr. Savio organizó y dirigió nuestro trabajo, de franco apoyo a la Organización para la Liberación de Palestina encabezada Yasser Arafat y a los movimientos de liberación nacional. Los fotógrafos profesionales - ¿profesionales de dónde?, ¿de diarios y revistas?, ¿de la CIA y el M16?- no se cansaban de fotografiarnos. En esa reunión tuve el enorme privilegio de conocer al historiador chileno Hernán Santa Cruz, uno de los redactores de la Declaración Universal de los Derechos Humanos

En Colombo tampoco faltaron los episodios cómicos. Una vez tomé un taxi y el chofer, que hablaba un inglés tan malo como el mío, lo que permitió que nos entendiéramos a la perfección, al ver mi credencial de periodista de una agencia italiana empezó a recordar los tiempos de Augusto en que “los poderosos de Roma usaban nuestras esmeraldas”. De pronto se detuvo y exclamó con pena y como si hubiera sucedido ayer: “¡Pobre Julio César, cómo lo mataron!”.

Hubo episodios de los otros. El 12 de agosto de 1976, en plena Conferencia Cumbre, las milicias falangista del Líbano destruyeron el campo de refugiados palestinos de Tell Az Zaatar, en el este de Beirut. Lo hicieron con el apoyo de Siria y se estima que el número de palestinos muertos ascendió a más de mil. Los miembros de la delegación palestina estaban desolados. Estuve junto a uno de ellos que, con el rostro desencajado y bañado en lágrimas, repetía una y otra vez: “¡Cómo puede ser, si los sirios son nuestros hermanos árabes!”.

Pocos días después de mi regreso a Roma me avisaron que los militares habían “desaparecido” a mi hijo y mi nuera, embarazada de 7 meses. Pero ésta es otra historia. Me golpeó cuando era periodista de InterPres.

Juan Gelman